



Dib. CASTANYS.

—Diga usted, guarda-agujas, ¿y no tiene semáforos?

—El año pasado sí los tenía, pero tuve que arrancarlos todos porque se los comían los cerdos.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO UNION POSTAL	
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	Trimestre.....	9 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —	Semestre.....	16 —
Año (52 —).....	20 —	Año.....	32 —
PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 —).....	12,40 —	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 —).....	24 —	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

19.—Suprimida en las mujeres

RUMIA 5050 NTE

20.—Cuándo suele terminar el veraneo

T
Pezón

0001

21.—Veragua y Miura

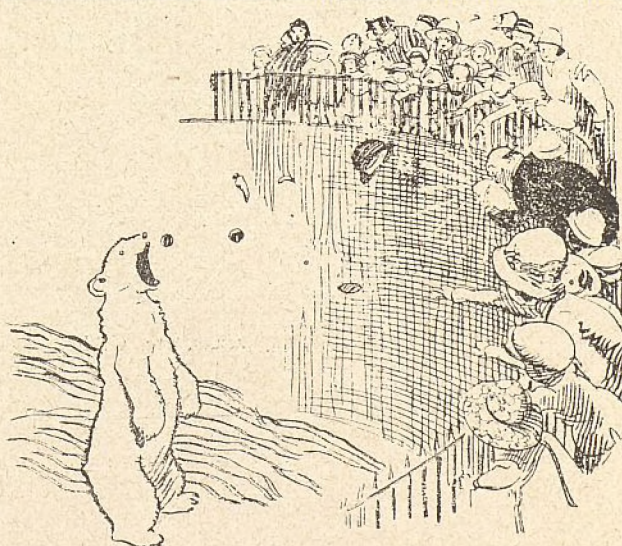
Apetito
500
Amor



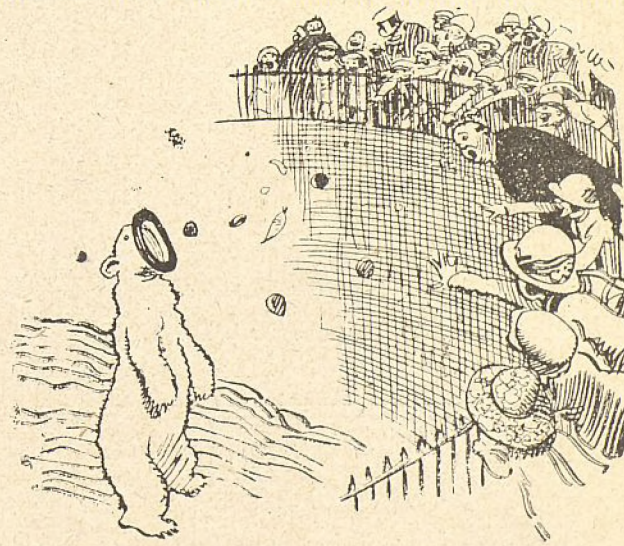
SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6

Cupón núm. 4

que deberá acompañar
a toda solución que se
nos remita con destino
a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de octubre



Un estornudo a tiempo.



De The Passing Show.—Londres.



BUEN HUMOR



PREPARA

UN ESTUPENDO NUMERO ALMANAQUE

PARA

1927

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor Selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.



Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, codo, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección.

Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

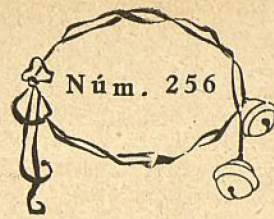
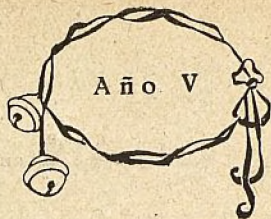
Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



EL LADRON AMABLE

"Para hacer uso del timbre de alarma, tirese con fuerza de la empuñadura"

Aviso de la Compañía de Ferrocarriles

NADA hay tan inquietante como el timbre de alarma colocado en los vagones de ferrocarril. El chirimbolo niquelado que pende de la madera del techo, como un fruto maduro, nos hace pensar en mil desconocidos peligros que acechan en todo momento, que están próximos y contra los cuales no tenemos otra defensa que la que nos quiera prestar el funcionamiento de ese aparato. Pero, ¿acaso funciona? No; seguramente no funciona. ¡Debe ser tan complicado su mecanismo!... La Compañía quiere tranquilizar al viajero, borrar de su imaginación las escenas de un descarrilamiento, de un robo, de un asesinato, y le tiende esa dulce mentira que es el timbre de alarma.

La portezuela se ha abierto a la noche movable y en el departamento ha penetrado un hombre envuelto en una aureola de aire frío.

—Buenas noches, señor, ¿Usted me permite?...

Me incorporo y le veo a la luz tamizada de la lamparilla, alto, delgado, vestido de negro y oculto el rostro por un antifaz que es como la sombra proyectada por la visera de la gorra con que se cubre. Me observa profundamente mientras me señala con un revólver.

—¿Tiene la bondad, caballero?
—¿La bondad de qué?—interrogo yo estúpidamente.
—Déjese de bromas... Soy un ladrón de trenes...
—¡Ah!
—¡Creí que lo había usted advertido! Con el revisor no se me puede confundir porque los revisores no llevan antifaces y tampoco con un viajero porque los viajeros no acostumbra a subir en marcha; luego, pensando lógicamente, el que se presenta de este modo no puede ser sino un ladrón de trenes.

Se sienta frente a mí y continúa:

—Y no crea usted que estoy satisfecho de mi profesión. No se gana nada y son muchas molestias las que se sufren. Yo, por ejemplo, me mareo en todos los viajes. Además, lo robado—si es que algo se roba—se lo lleva la Compañía en billetes de primera clase, porque hay que viajar con todo lujo para no despertar sospechas. Tengo el propósito de retirarme muy pronto del oficio. Necesito descansar, ¿no le parece?

—Hombre, no sé.

—Hoy la gente viaja sin dinero. Los Bancos, con sus cuentas corrientes, hacen que nadie lleve en la cartera más de quinientas pesetas.

Saca una pitillera y me ofrece tabaco. Mientras enciende un pitillo, una idea salvadora cruza por mi cerebro: la de usar el timbre de alarma. Pero el ladrón me advierte:

—No se moleste. No funciona. A este coche lo conozco hace muchos años y sé que el timbre de alarma no es más que un chirimbolo decorativo y tranquilizador. Y al fin y al cabo más vale así, porque si funcionara, usted, tirando de él detendría el tren y vendría el conductor acompañado de la pareja, le interrogarían acerca del por qué de haberlo usado y usted hablaría de mí, del atraco... No le creerían. Y al encontrarle solo y sin indicios que demostraran la veracidad de sus palabras, le impondrían la multa de cincuenta pesetas. Esto, además del bochorno consiguiente y de la pérdida del dinero, le impediría usar por segunda vez del timbre por sí, al igual que la primera, no podía justificar su conducta y le multasen



Dib. SILENO.—Madrid.

con quinientas pesetas. Es preferible dejarse robar tranquilamente, sobre todo cuando se tropieza con un ladrón amable que se contenta con poco. No frunza el entrecejo. ¿Acaso no vale nada unos minutos de emoción en la monotonía de un largo viaje? ¿Y el orgullo de contar la aventura conforme le plazca y aparecer a los ojos de la familia y de los contertulios de café como un verdadero héroe? Los periódicos ilustrados publicarán su fotografía, le dedicarán columnas enteras y la gente le señalará por la calle. Se hará usted popular, adquirirá fama de valiente y el coste de esos grandes beneficios será exiguo. ¿Cuánto lleva consigo?

—Cuatrocientas pesetas.

—No es mucho. Pero en fin, vengán trescientas. Las restantes se las cedo para los primeros gastos que ten-

ga necesidad de hacer en la ciudad adonde vaya. No se puede ser más considerado.

—Muchas gracias.

A partir de este momento, el ladrón se convierte en el más delicioso compañero de viaje. Me narra algunos episodios de su vida y muchos cuentos picarescos... En un arranque de generosidad me entrega la máscara negra que cubre su rostro.

—Tome. Un recuerdo mío. Dígame si desea otra cosa.

Estrecho su mano.

—Me ha resultado usted muy simpático—dice—. Le escribiré frecuentemente. Adiós. Buen viaje.

Abre la portezuela y la oscuridad de la noche lo hace desaparecer como si fuera el trapo negro de un prestidigitador.

JOSE SANTUGINI

AL SON QUE TOCAN...

LETRILLA UN POCO SERIA

Querida amiga doña Pilar:

¿En su misiva particular trina usted airada contra el vaivén de las costumbres? Pues no está bien ir contra toda la evolución de la presente generación; que en este mundo, doña Pilar, al son que tocan hay que bailar.

¿Que, salvo alguna rara excepción, no hay en los chicos educación, ni hay disciplina, ni tienen fe? Pues no por ello se enfade usted, ni el áureo tiempo pierda en gruñir que hasta sus hijos la han de decir que todo cambia, doña Pilar, y al son que tocan hay que bailar.

¿Que a usted los versos del vate acbechos sin reglas la suenan mal; [tuai que ahora la solfa sólo es un son sin armonía ni inspiración; que hoy ante un cuadro no sabe usted si ve a una virgen o un troncho ve? Pues usted aplauda, doña Pilar, que al son que tocan hay que bailar.

¿Que las criadas que sirven hoy nada respetan (¡viéndolo estoy!) y entran y salen a su placer con sus amigos? Pues hay que hacer la vista gorda; porque el rigor en estas cosas es lo peor. Así está el mundo, doña Pilar, y al son que tocan hay que bailar.

¿Que antes los novios, por persuadían con cierta moderación [sión y hoy es corriente que por ahí se den la... mano sólo con frenesí? ¡Quizá la envidia que siente usted la haga indignarse por lo que ve! Mas ¡qué remedio, doña Pilar! Al son que tocan hay que bailar.

Sobre estas cosas no digo más, sino que es malo quedarse atrás. ¿Que a usted le pone fuera de sí que todo vaya cambiando así? ¡Pues en los tiempos de su verdor no estaba el mundo mucho mejor!... Y sobre todo, doña Pilar: al son que tocan hay que bailar!

JUAN PEREZ ZUNIGA



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—Niña, por cada cuplet que te aprendas te doy dos pesetas.

—Es poco; los vecinos del principal me dan más porque no me los aprenda



1. En er mundo no hay un buchiyo más güeno que éste. 2.—Llévezelo que ¡una joya!... 3.—Una joya... y se está muriendo..... ¡¡Malaje!! 4.—¿Y ese bicho es bueno? ¡¡Pa usted lo será!! 5.—¡Treinta días sin comer y no ha dicho ni pío, zeñor! 6.—¿Y eso no e zer bueno? ¡¡Ezo e zer güeno!! ¡¡Ezo e ser un santo!!

Dib. CASERO.—Madrid.

ELOGIO DEL GUARDIA

¡Quién podía catalogar los innumerables y diversos cantos del elogio "que en el mundo han sido"! Unos han cantado a la Virtud; otros, a la Fama; quien, al Talento; quien otro, al Dinero; éste, a la Fortuna; aquél, a la Gloria; estotro, a la Belleza; el de más allá, a una beldad en particular y de su agrado, y quién sabe si de su usufructo...; nosotros vamos a cantar al guardia; a dedicarle una sentida y cariñosa loa, a hacerle un elogio, elogio ferviente, entusiasta, y, tanto como esto, justo y merecido. Porque se lo merece, por muchas, muchísimas razones de consideración y peso, que, por no ponernos pesados, no nos detenemos a enumerar. Además, que nadie —que nosotros recordemos— ha tenido esta delicadeza y atención; y nosotros queremos saldar esta deuda que con el guardia tiene pendiente la humanidad.

Y no creais que hablamos en broma, no. El guardia es, como ahora se dice, "una cosa muy seria". ¿No os han dicho alguna vez y mil veces, cuando os han visto cara fosca, de mal humor, como la que se pone al libar vinagre o cuando nos tiran de los pelillos del cogote; no os han dicho así, chulonamente: —"Anda hijo, que valiente cara de guarida te traes"? Pues ya veis si será cosa seria, para que nosotros viniésemos ahora con jocosos. Sobre que pudieran, y con razón, los guardias "tomarnos fila", y, la verdad, una fila de guardias... es mucho más serio de lo que parece, para gastarla jocundidades.

¿Hemos dicho que el guardia es una cosa muy seria? Pues lo afirmamos, confirmamos y reafirmamos. Es, sí señores, una cosa muy seria; y, además,

muy divertida y regocijante. Como que tiene muchísima gracia; pero lo que se dice una hemorragia incortable de gracia. Díganlo si no, los chicos, que se corren con ellos los primeros juergazos, toreándoles—dicho sea sin el menor asomo de agravio a la fidelidad de sus cónyuges—por esas calles y plazas y jardines públicos. Y díganlo también los contumaces e infatigables ingeridores de medios chicos—vulgo borrachos, curdas, papalinas, pitimas, beodos, cubas, etc.—que de ellos se canean, chotean y chulean, en tanto son dulce y delicadamente arrastrados hacia la comisaría. Y también las aguerridas matronas de la calle de la Ruda "e islas adyacentes", cuando al intentar ellos dirimir contiendas verduleriles, son lisonjeados con los más delicados, selectos y eufónicos epítetos; oyendo, como final, la reverente y devota súplica, a voz en grito clamada de "que bailen; que bailen"; la misma de las algaradas estudiantiles, con la sola variante de ser, en éstas, inevitable principio, y entre aquéllas, postre inevitable. Porque en cuanto los guardias aparecen, son amablemente recibidos por los estudiantes insurgentes o pro-

testantes, con una marcha triunfal de silbidos y con el consabido "que bailen, que bailen". (Qué extrañas dotes coreográficas adornarán a los guardias, que todos son, en seguida, a pedirles que bailen.)

El guardia, entre otras apreciables y relevantes cualidades, tiene "la muy específica" de ser el bípedo "más bípedo" de la creación. Y (decimos el "más bípedo", porque, si es tal, por tener dos pies solamente, más bípedo será el que más grandes los tenga; y decimos a esta "cualidad", "la muy específica", porque es realmente su característica por la que se distingue de las demás). La inmensidad de sus pies, no tienen par ni semejanza. ¿Habéis visto, por vuestra salud, pies más grandes? Fijáos y veréis que son enormes sobre toda ponderación. Así debieron ser los de Dómine Cabra, que, al decir del gran satírico que le inmortalizó, parecían sus zapatos tumbas de filisteos.

El guardia, por último, es el paño de lágrimas de todo bicho viviente. A él acude todo el que de ello gusta, a referirle sus cuitas; y a él es enviado todo el mundo para que en él descargue el agobio de sus dudas o tristezas, pesares o preocupaciones.

—Eso se lo cuentas a un guardia.

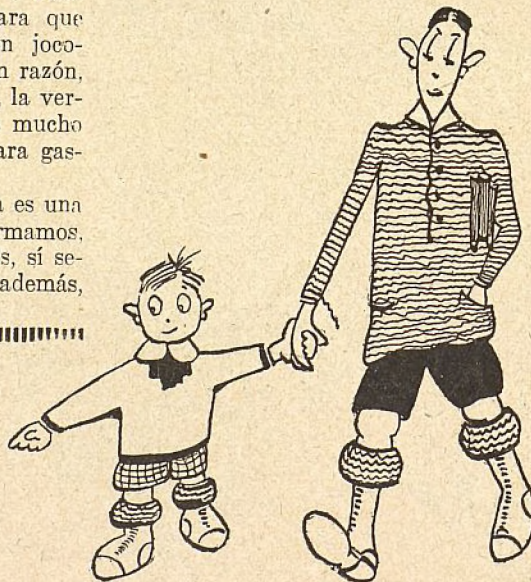
—Anda y cuéntaselo a un guardia.

Son las respuestas que nos dan, cuando nos acercamos a alguien, refiriéndoles algo que le molesta oír, o no le interesa, o no le da la real de escuchar. Por lo que el guardia viene a ser una especie de padre, confesor o confidente de la humanidad.

¡Oh guardia, eterno y solicitado bailarín; bípedo cuyos pies no tienen límite; mogigón de chiquillos, verduleras y beodos! Para ti sea este canto, en el que va toda nuestra admiración y devoción.

Y si algún día, nuestro hado adverso nos coloca frente a ti, en una algarada o revuelta, y tú has de cargar sobre los revoltosos o algareros, el sable en alto, nosotros te pedimos, por este devoto y ferviente elogio que te hacemos, que no descargues el susodicho sable sobre nuestro cráneo. Antes de a nosotros llegar..., "por Dios, guardia, baje usted el sable".

LUCAS GONZALEZ HERRERO



Dib. de JOSEFINA PEÑALVER.—Madrid.

—¿Qué le pasará a ese gato, que está tan esmirriado?

—Será sietemesino...

EL MAYOR MONSTRUO, LOS CELOS

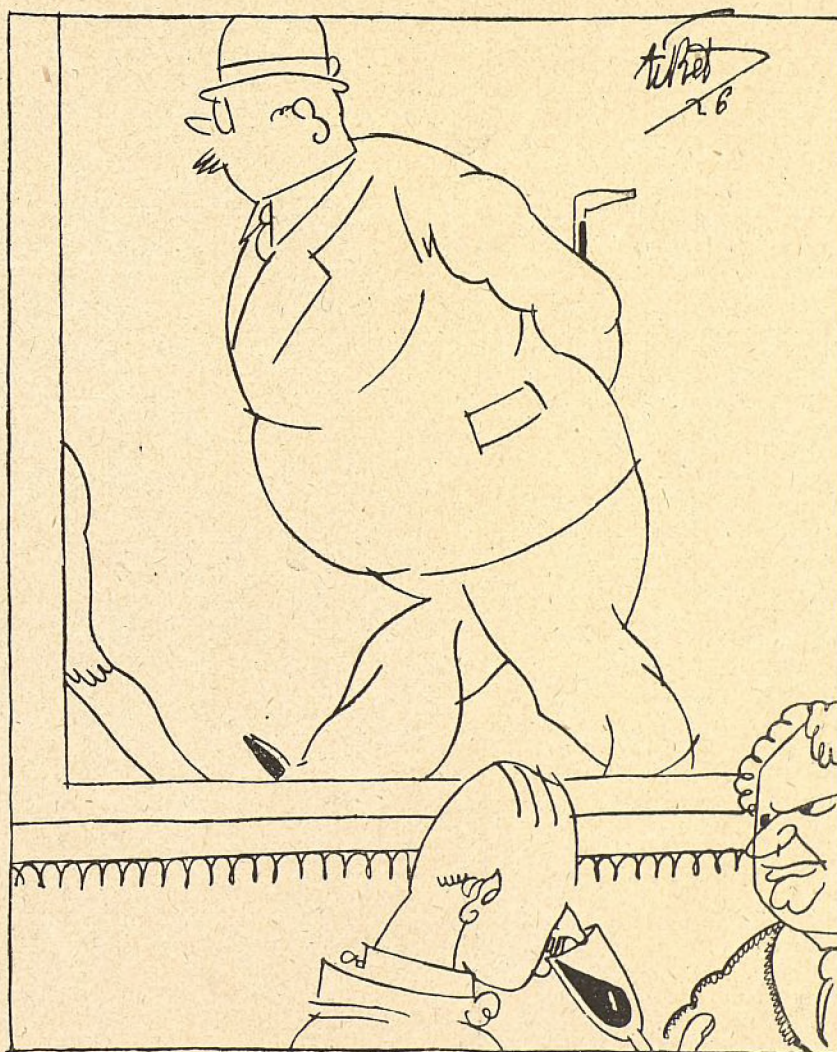
Mi amigo don Jacobo
Ruiz Canillejas
me contó sus fatigas,
duelos y quejas
en la forma y el tono
que las transcribo
y que, al pie de la letra,
copio y escribo:
—Se dice que los celos
son cosa rica...
Sin ellos, el cariño
nadie se explica...
Pero yo, pobre mártir
de sus desvelos,
juro que no hay suplicio
como los celos.
Mi mujer es un tigre
por lo celosa,
y me da tales latas
por cualquier cosa,
que para ver si libre
por fin respiro,
cuando menos lo piense
¡me pego un tiro!
No crea usted que exagero:
de noche y día
me mata con su eterna
celosería...
Siempre encuentra motivos
de decir algo;
que si voy..., que si vengo...,
si entro..., si salgo...,
si me quito el bigote...,
si me lo dejo...,
si me quejo soñando...,
si no me quejo...,
si miro a las vecinas...,
si no las miro...,
si suspiro unas veces...,
si no suspiro.
¡Que si haré en el teatro
cosas mal vistas
con actrices, cantantes
y cupletistas!...
¡Que me recojo tarde
todas las noches!...
¡Que si de ella me olvido
con mis derroches!...
¡Que visto con esmero!...
¡Que no me visto!...
¡¡No basta la paciencia
de un Santo Cristo!!...
¡Esto es vida? ¡Reniego
de la existencia!
¡Me casé y ahora cumplo
la penitencia!
¡¡Pues vivir de este modo,
frito y refrito,
por un leve pecado
que no es delito,
la verdad, me parece

cosa muy dura,
porque no es para tanto,
se me figura!!...

Tales son las fatigas,
duelos y quejas,
que me contó Jacobo
Ruiz Canillejas,
que el pobre está aburrido
porque a su esposa

le ha dado la manía
de ser celosa...
En Maxim's, de ella huyendo,
las tardes pasa;
pero ayer de improvviso
volvió a su casa,
¡¡y encontró a su señora
dándose abrazos
con su amigo Fulgencio
Sanz de los Pazos!!...

UN CHISMOSO



Dib. T.KET.

—Mira: ese que pasa ahí, es hombre singular; duerme de día...
—¡Ah!... Entonces no me diga más... ¡Es Magistrado!

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

En el observatorio astronómico de Búffalo acaban de descubrir en el sol una mancha de tal tamaño que todos los astrónomos han convenido en afirmar, categóricamente, que el sol está deshonrado.

Revolviendo ciertos papeles viejos en un archivo misterioso de las cercanías de Roma, han averiguado hace pocos días unos caballeros sabios y algo mussolinistas, que el Papa León IV estuvo a punto de ser víctima de un cruel atentado. Un calabrés, tan renegado como bestia, había proyectado una máquina infernal para hacer pedazos al Papa, y hubiera realizado el plan si no se hubiese muerto antes, víctima de una pulmonía tan doble como providencial.

El caso resulta interesante porque es el único que conocemos de que a

un Papa se le haya querido hacer papilla.

El señor conde de Romanones no ha aprendido todavía a bailar el charlestón.

Pero dicen que le anda cerca.

No dudamos de que le ande cerca, pero suponemos que le andará muy mal.

En Trieste ha sido silbado un tenor chileno llamado Rodolfo Duro.

Es la primera vez que el canto de un Duro le ha molestado a la muchedumbre.

En París acaba de tramitarse un divorcio por un motivo realmente fútil, frívolo, estúpido y baladí.

El esposo que lo ha planteado acusa a la mujer de hacer gastos super-

fluos sin su permiso y funda la demanda en que ella se ha empeñado en tomar chocolate con un suizo todas las tardes y bastantes noches.

Hay que advertir que el suizo es un robusto relojero de Berna.

Entre todas las curiosidades que venimos recogiendo en esta sección ninguna nos ha hecho tanto efecto como la siguiente:

Los habitantes de Sing-Tang (China Oriental) no se lavan la cara más que una vez al año.

¿Verdad, señores, que resulta una curiosidad como para reventar de estupefacción?

Absurdo formidable que hemos observado estos días:

Nos han enseñado un retrato de Mussolini y resulta que lleva camisa blanca.

Y ayer hemos visto a un golfo, popular en Madrid, y que es comunista de afición, y llevaba la camisa negra.

Si alguien nos explica este lío de ropa, le quedaremos rabiosamente agradecidos.

En el norte de Noruega, como ustedes saben (y si no lo saben lo han debido aprender), las noches duran seis meses.

Y esto explica suficientemente que en ciertas ciudades donde ocurre ese abuso sea escasísimo el número de enlaces matrimoniales.

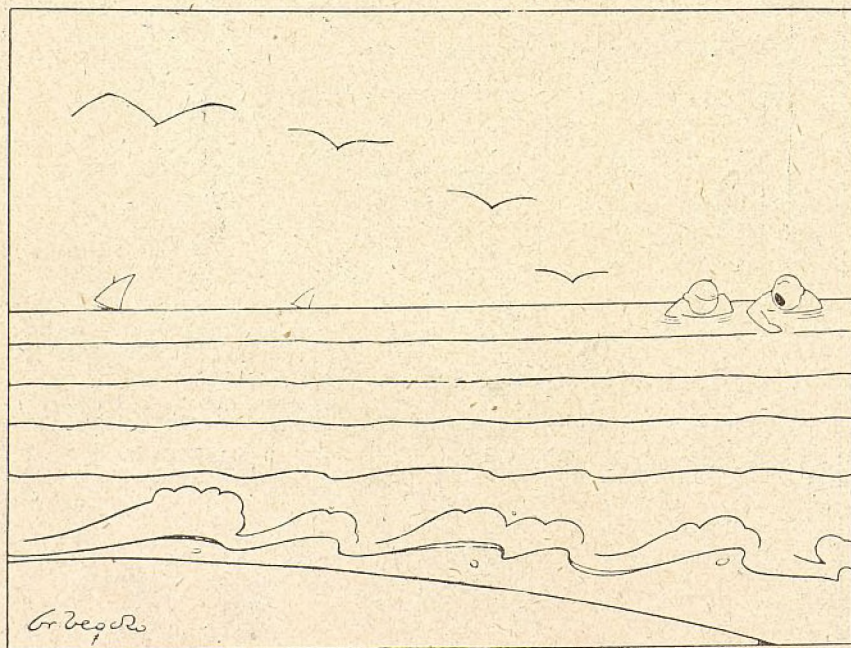
Verdaderamente una noche de bodas en esas condiciones tiene que ser la caraba.

Hay en Tucumán un sastre cuyo establecimiento se titula *El corte inglés*, que no consigue que le paguen los trajes ni la duodécima parte de sus parroquianos.

Con lo cual se demuestra que si el corte es inglés, el sastre es doce veces más inglés que el corte.

¡Qué lástima que viva tan lejos, con la falta que a mí me está haciendo un terno elegantito!

ERNESTO POLO



Dib. ORBEGOZO.—Madrid.

—¡Estamos perdidos! Nos quedan 15 metros para llegar a la orilla y a mí no me quedan fuerzas para nadar unos 10 metros.

—Entonces no te apures; yo aún puedo nadar cinco metros.....

Las doncellas del Hotel - Historieta por Areuger

I



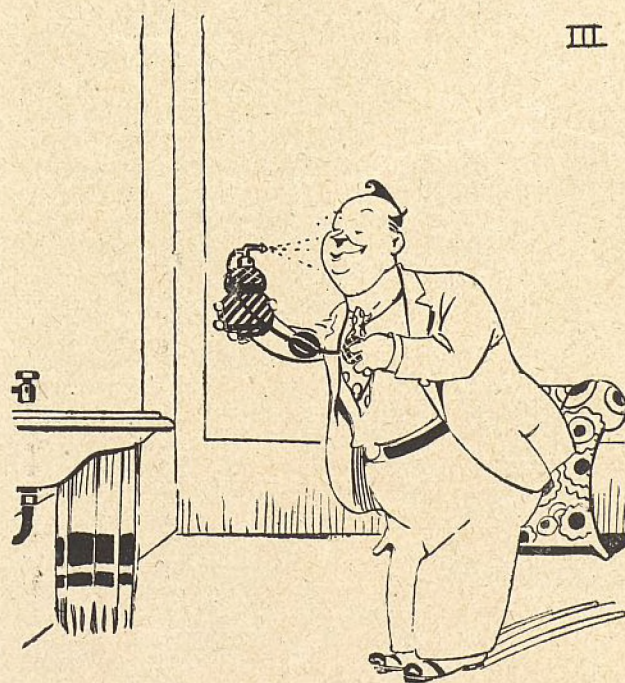
—La camarera es una monada.

II



—¿Quiere usted traerme un vaso de agua fresca?

III



—Cuidaremos los detalles...

IV



AREUGER

—Esto no es un vaso de agua fresca; es un jarro de agua fría.

UN VELAZQUEZ

—Tírese usted al suelo, señora Dorotea, ¡verá usted qué luces!

—Efectivamente.

—¡Y si no dende aquí! ¡Fíjese que donde se ponga la mira el retrato!

—¡Es verdaz!

—¡Qué artistas estos antiguos! ¡Mire usted que pintar a las personas con la mirá pa tos laos!

—¡Sí que es maravilla!

—¡Asombro sí que es! Pos y esa mano que tié en la barbilla que paece talmente que se está rascando!

—¡Y que tié irritao en el sitio de la mosca!

—¡Pues tié usted razón, que no había parao mientes en ese detalle!

—¿Y quién ha pintao el cuadro?

—Velázquez, ese de la calle.

—¡Ah, sí! Por donde va el tranvía.

—Justo. Pos ese era un pintor que, cómo pintaría, que cuadro que pintaba, menos de dos millones no lo dejaba.

—¡Uy que carismo!

—¡Y se los quitaban de las manos, ya ve usted!

—¡Se haría riquismo!

—¡Multimillonario! Pos yo éste no lo vendo como no me den de dos millones pa arriba.

—Bien he ho. ¿Y dónde pone que es de Velázquez?

—En ninguna parte. Ya ve usted lo que son las cosas de la vida. Pintando un fenómeno, en cambio para la escritura, negao. ¡No sabía firmár!

—Entonces ¿cómo saben ustedes que es de él?

—Mire usted, sin saber que era de Velázquez hemos estado muchos años. Pa tapar un montante lo tenían en casa de mi abuela. Hasta que el día del entierro de mi esposo, que Dios haya, un vecino lo ve; lo mira de un lao y de otro y lo vuelve a mirar, y dice:

—¡No se apure usted, señá Alfonsa, que aunque se ha ido su esposo les ha dejao a ustedes un tesoro!

—¡Menudo salto daría usted!

—¡Casi una cabriola! Me explicó el hombre la cosa y me dijo que el cuadro era de Velázquez, y dende ese día el cabeza de familia de esta casa es ese señor militar. Y se han corrió las voces y el tendero nos fía a cuenta del retrato y nos lacemos ropa, y el dueño de la lechería de la esquina nos suministra la leche, eso sí, viniendo todas las semanas a echarle una mirá al cuadro.

—¡Al pelo, hija! Y yo no tengo ningún inconveniente en dejarle a usted los decisiete duros pa pagar los tres meses de casa, siendo con la garantía del cuadro.

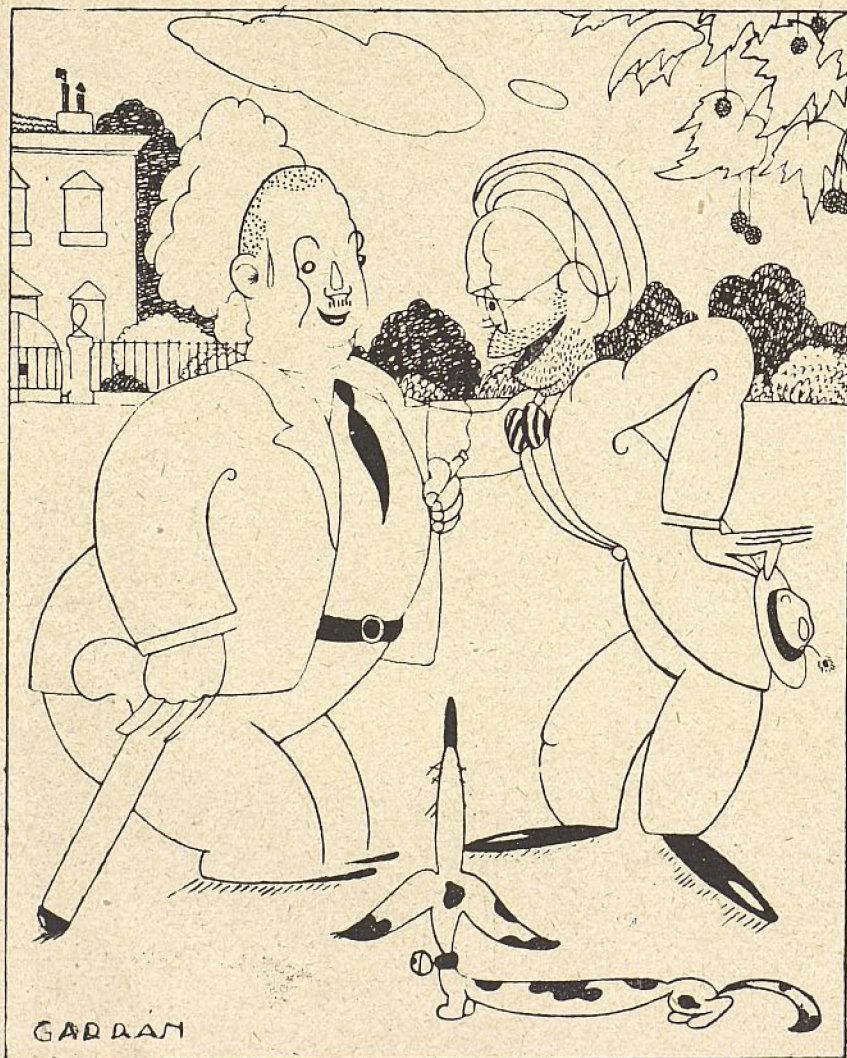
—Muchas gracias, señá Dorotea. Porque yo no he visto hombre más negao pa la pintura que el casero que tenemos.

—¡Seres inorantes!

—Y el día que lo venda se paga a todo el mundo y con lo que quede a vivir como duqueses y a disfrutar de la existencia, que bastantes calamidades y estrecheces ha pasao una.

—¿Y le han ofrecido ya por él?

—Sí, ¡un traperero diez duros! ¡Calcúlese usted, no me pagaba ni la mirá de un ojo!



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—¡Oh, amigo! Acabo de inventar un explosivo formidable, capaz de destruir el mundo.

—Le felicito y avise cuando haga la prueba.

—¡Es que esos buscan gangas!
—Otros lo han visto y se han quedado pasmaos, pero no se han atrevido a ofrecer en cuanto yo les he dicho lo que quería y que era precio fijo.

—¡Pues que lo venda usted pronto!
—¡Dios la oiga a usted! Le azvier-to que la preparación que está ha-ciendo mi hijo también es por cuenta del cuadro; la chica, la Manolita... ya ve usted que tié ese extravismo y esa berruguilla en la frente que no la agracian, pues le ha salío una proporción en cuanto se han enterado de lo de la pintura, que el muchacho se quíe casar más que a prisa, porque dice que si no, me la roba a la hija de mi alma.

—¡Pos ya puen ustés rezar un ave por el alma de Velázquez y llevarle unas flores a la sepultura!

—Pobretería no, señá Dorotea, lo que le vamos a mandar hacer es un

FRICOT

Crema para la conservación y hermosura del cutis. La de mejores condiciones higiénicas.

F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

mausuleo, que el de Joselito, en comparación, va a ser una cruz de palo!

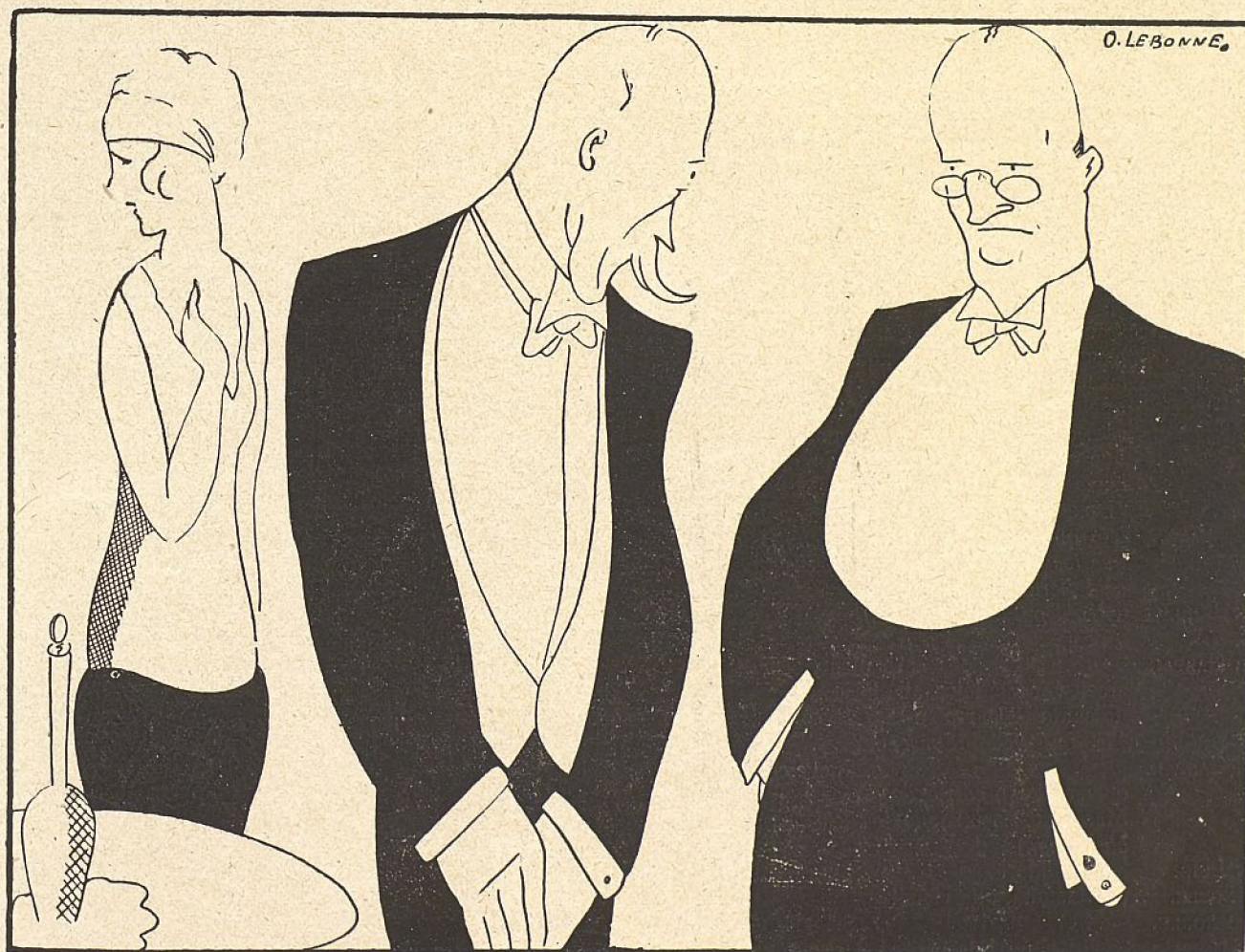
—¡Y no serían ustés bien nacidos si no lo hicieran!

El cuadro lo llevó la señora Alfon-

sa, por consejo de un amigo, a la Academia de Bellas Artes para que dictaminaran. La Academia informó que el cuadro no lo había pintado Velázquez ni tenía ningún valor.

Acto seguido leímos un triste suceso en los periódicos. Una desgraciada familia, compuesta de la madre y dos hijos, varón y hembra, se habían encerrado, con un brasero encinía y habían perecido asfixiados. Sólo se halló una carta dirigida al Juez, en la cual decían que no se culpaba a nadie de su muerte, que el único que tenía la culpa era Velázquez por no saber firmar.

ANTONIO PLANIOL



Dib. O. LEBONNE—Madrid.

—¿Usted no ha pegado nunca a sus hijos?
—No; sólo les he pegado en caso de legítima defensa.

DECORACIÓN:—Bello lugar situado—a las puertas de Granada,—sitio donde fué entregado,—en fecha muy señalada,—el cadáver de la hermosa—Isabel de Portugal,—reina noble y liberal,—simpática, aunque algo sosa,—muñer de Carlos Primero,—(el que a Yuste marchó un día)—la cual fué el amor postrero—del gran duque de Gandía.

Pero conviene explicar—que si Gandía la amó,—ella no correspondió—a pasión tan singular—y que al morir en Toledo—de una muerte muy corriente—se murió (y jurarlo puedo)—tras resistir con denuedo—el asedio impertinente—y sin otorgar ¡ni un dedo!—de su organismo esplendente—a aquel galán, que concedo—que era un partido excelente.

Muerta Isabel, su marido—mandó que fuese enterrada—en la ciudad de Granada—y, como aquel Rey temido,—ignoraba que Gandía—hacia la Reina sentía—una pasión desatada,—al pasar el novenario—le ordenó tomar el mando—del cortejo funerario,—y que lo dejase cuando—la Emperatriz malograda—reposase ya en Granada—cual reliquia en relicario. (¡Vaya párrafo!)

Al levantarse el telón, en escena el obispo don GASPAS DE AVALOS, don LUIS DE RECASSENS, nobles, clero, acompañamiento y coro general. Todos estos simpáticos pelmazos se hallan aguardando al marqués de Lombay y duque de Gandía, don FRANCISCO DE BORJA, el cual está a punto de llegar al paraje en cuestión, al frente del cortejo fúnebre que trae los restos eminentemente mortales de la ex reina doña Isabel de Portugal. Empieza la acción.

DON GASPAS. (Un poco fastidiado de la espera.)

¿No aparecen aún?

DON LUIS. No, Monseñor.

DON GASPAS. Que aticen un redoble de tambor, a ver si por detrás de aquellos robles, suenan otros redobles, que sería señal de que el cortejo está cercano. Y trae tu catalejo, que voy a vislumbrar la lontananza hasta aquel sitio adonde el chisme alcanza... (DON GASPAS otea la lejanía con un catalejo que es una verdadera facha, mientras que los soldados redoblan en sus tambores cual fieras.)

DON LUIS. (Al obispo DON GASPAS.)

¿Ve's algo, Monseñor?

DON GASPAS. Mis ojos viejos

creen ver allá lejos, allá lejos, do canta el Darro su canción sonora...

DON LUIS. ¿El qué veís, Monseñor?

DON GASPAS. Nueve conejos que se alejan corriendo a cien por hora... Mas, ¿no oís un redoble? (Suena un redoble lejano.)

DON LUIS. ¡Sí, a fe mía!

UN NOBLE. ¡Es Gandía, que viene!

OTRO NOBLE. ¡Sí! ¡Es Gandía!

DON GASPAS. ¡Compostura! ¡Silencio! A ver se acierta el cortejo imponente y funerario... ¡Allí traen a la Reina..., pero muerta! Os ruego que no hagáis el dromedario. (Una pausa de hora y cuarto. Todos, descu-

TRAGEDIA HISTORICA LA CONVERSIÓN DEL DUQUE DE GANDÍA POR ENRIQUE JARDIEL PONCEL

biertos aguardan la llegada del cortejo. Entra en escena el DUQUE DE GANDÍA, apuesto y guapo pollo que viene con una cara más triste que Diego San José. Le sigue don LUIS QUIJADA, varios pajes, mucha soldadesca bastante mal caracterizada y cuatro nobles que traen a hombros el féretro que contiene los restos de la Reina Isabel. Como los nobles vienen cargados con el arcón, desde que salieron de Toledo, hace un mes, están algo fatigadillos, y en cuanto pueden lo dejan en el suelo. No por nada, ¿eh?)

(DON GASPAS se adelanta finísimo hacia el duque y sus acompañantes.)

DON GASPAS. Impacientes os hemos esperado desde que el sol lució el primer destello...

GANDÍA. Ciertamente es lo que decís; me he retrasado,

pero es porque el reloj se me ha parado y si tardé en llegar, culpa fué de ello...

DON GASPAS. (Siempre mundano.)

¿Qué tal el viaje?

GANDÍA. Bien.

DON GASPAS. Y del paisaje

¿qué me contáis, Gandía?

GANDÍA. Es un encaje

de bellezas sin par.

QUIJADA. Creo lo mismo.

DON GASPAS. ¿Vale la pena o no hacer el viaje?

GANDÍA. ¡Vale, en verdad! Pero hay poco turismo...

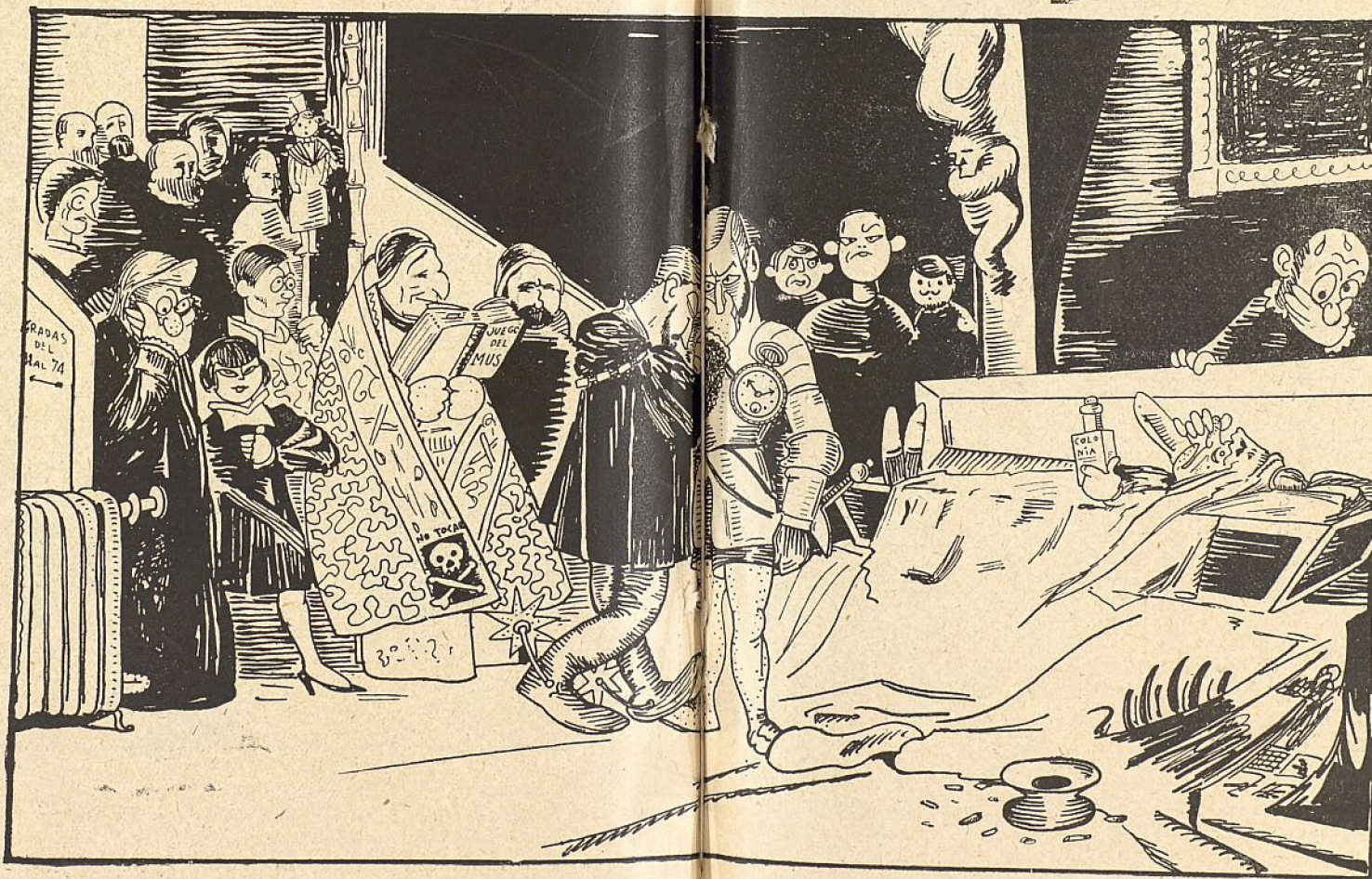
DON GASPAS. Hace cinco o seis meses,

estuvieron aquí catorce ingleses...

GANDÍA. ¿Y les causó entusiasmo la región?

DON GASPAS. La encontraron más bella que Londres.

QUIJADA. ¡Hay que ver!...



RECASSENS. ¡Hay que ver!...

GANDÍA. (Con mal aire.) ¡Por vida mía!

¿Es que váis a cantar La Montería?

QUIJADA. Es que nos asombraba

lo que aquí, don Gaspar, nos relataba.

DON GASPAS. ¿Quedó muy triste el Rey?

GANDÍA. Quedó hecho cisco

Y es para él esta muerte tan dañina,

que me dijo al marcharnos: "Don Francisco,

¡esto me hace crocletas de gallina!"

RECASSENS. ¿Crocletas dijo?

GANDÍA. Si. Yo soy sincero.

¡El Rey habla peor que un verdulero!

Es alemán y no es extraordinario

que no le entre en la testa el diccionario.

DON GASPAS. Bueno, basta de charla, que urge ya

que entreguéis el cadáver.

GANDÍA. Aquí está.

(GANDÍA señala el féretro; luego le da una llave al obispo.)

Y aquí tenéis del arcón

do la Reina está, la llave;

abrid, Monseñor, y acabe

de una vez esta cuestión.

(DON GASPAS hace esfuerzos por abrir el ataúd, pero suda en balde.)

DON GASPAS. ¡En el nombre del Padre... No se puede!...

¡La cerradura del arcón no cede!...

GANDÍA. ¡Por Cristo, que es extraño!

DON GASPAS. ¡No hay manera!...

GANDÍA. ¡Caray, me he confundido

y en lugar de esa llave, os he ofrecido

la del cuarto de baño!...

(Dándole otra llave.)

Tomad que es ésta...

DON GASPAS. ¡Ah, vamos!

QUIJADA. (Aparte, a GANDÍA.) ¡Sois un hueso!

(DON GASPAS abre el arcón, y él y todos los

demás se separan vivamente del féretro.

tapándose las narices con furia.)

DON GASPAS. (Aparte.) ¡Mi abuela! No hay quien pare

¡al lado de eso!

GANDÍA. (Acercándose al ataúd de la Reina.)

¿Qué es este mal olor? ¿Acaso...? ¡¡Cielos!!

¿Es la Reina? ¿Es el Rey? ¿O es Venizelos?

(GANDÍA queda absorto contemplando el

cadáver, que está de lo más putrefacto, y

en el que el duque no puede descubrir por

más que se esfuerza, la delicada y anterior

belleza de la Reina.)

¡No, no! ¡No es Isabel! ¡De ningún modo!

¿Es cierto lo que veo o estoy beodo?

A pensar que esto es cierto no me atrevo...

¡Luego estoy curda!... ¡¡Mas si yo no be-

[bo!!

¡Dilema horrorizante! ¡Misterio alucinante!

¡Enigma interrogante! ¡Problema escachu-

Lo que hay aquí delante, [flante!

¿qué es, Júpiter tonante?...

Mas... ¡ah!, ¡ya! ¡Si! ¡¡Comprendo!!

Esto que mis pupilas están viendo

es lo que queda de aquel ser divino,

de aquel semblante hermoso y peregrino después de veintidós días de camino...
¡Y ésto lo he amado yo!... ¡Soy un pollino!
(GANDÍA se retira de junto al féretro y va a sentarse en la izquierda, sobre unas piedras de granito con incrustaciones de cretona.)

DON GASPAR. ¿Qué le ocurrirá a Gandía para que ponga esa cara?

RECASENS. Yo no sé.

QUIJADA. ¡Cosa más rara!

DON GASPAR. A ver si ese nos da el día...
Porque a mí, vamos, me achara verle con faz tan sombría...
(GANDÍA se levanta con rostro místico y avanza hacia el grupo comentarista.)

GANDÍA. Señores... Lo confieso. ¡Yo la amé!
La amé con ansia, con locura...

TODO. (Asombrados.) ¿Qué?

GANDÍA. Amé a la Reina con amor mundano.

RECASENS. ¿Qué dice?

QUIJADA. ¡Está chalao!

DON GASPAR. ¡Dios soberano!

GANDÍA. La amé y cuando en la Corte la veía hacérle de intestinos corazón y ocultaba el amor que la tenía para no promover una cuestión que pudiera chafar la monarquía.

DON GASPAR. ¡Taponadle la boca!

RECASENS.

¡Sí! ¡En seguida!

DON GASPAR. ¡Que no hable más, pues si su historia es al conocerse esa pasión sentida, [peta, se va a jugar la vida a la ruleta!...

GANDÍA. ¡Alto! ¡Dejadme! ¡Ya todo acabó!

¡Acabo de ver yo los putrefactos restos de la Reina! Y os juro por mi nombre de Gandía que un socio como yo, ya no se peina para un sér que diñarla pueda un día...

DON GASPAR. ¿Qué decís?

GANDÍA. Lo que oís. Que acabó el baile. Que aquí finan mis necios devaneos, y que os voy a dejar a todos feos, ¡porque desde mañana, me hago fraile! (Estupefacción general y soldadesca. GANDÍA cae a los pies de don GASPAR y le besa el anillo.)

DON GASPAR. ¡Dejad que imprima un beso en vuestro (Sonriente y satisfecho.) [anillo! ¡Qué demonio de Paco! ¡Es un chiquillo! (Forman un grupo, precioso para un pisa-papeles, y cae el

TELÓN

Dibujo de maese SAMA. (Flandes.)



—¿Y por qué sabes que ese es su peón de confianza?
—Porque es el único que le habla de tú.

Dib. GARRIDO.—Madrid

EL SOMBRERO ESTIVAL

El sombrero de paja es todos los años la primera "víctima" de los temporales.

Apenas el cielo de octubre nos muestra su hosco ceño, comprendemos, no sin cierta explicable amargura, que las horas de tan cómodo artefacto estival están contadas.

Los madrileños ven en los grises nubarrones que emborronan el espacio una especie de Mane Tecel Phares, augur de que "el paja", como Baltasar, tiene su fin próximo.

Y hasta el mismo sombrero lo teme. No hay sino ver el color "amarillo" que se le pone.

Ante el gesto amenazador de las nubes, todo fiel ciudadano (que use esa prenda) está muy obligado a agarrarse al paraguas como a una tabla.

El paraguas es el escudo que ha de proteger en su lucha contra los elementos a este "veterano", que estableció su avanzada en nuestra zona capilar.

Pero, ¡ay! A pesar de la resuelta protección de que le hacemos objeto, a pesar de estas veloces "carreras de otoño" que emprendemos hacia los portales en cuanto caen cuatro gotas; a pesar, en fin, de todos nuestros solícitos cuidados por librarle de las iras de Neptuno (hay sombreros de paja que atraen la lluvia, como hay paraguas que la ahuyentan), notamos que el mal que le aqueja sigue haciendo progresos alarmantes.

Cuando el traperero lanza su pregón matutino frente a nuestra casa, percibimos que su voz es desgarradora y siniestra como el aullido de un can. Y es que el traperero también barrunta lúgubrementemente la hora postrera de nuestro epopéyico paja y acude a oficiar de enterrador.

Nosotros, que somos algo sentimentales, nos esforzamos en prolongar la temida hora (no sólo por la hora, sino por los cuartos... que nos va a costar el de invierno), de la separación y oímos el tercer aviso traperil como quien oye llover... cuando no lleva sombrero de paja.

Y, sin embargo, ya cada día que transcurre nos vamos resignando a la idea de desprendernos de él y lo convertimos en el juguete predilecto del "chiquitín de la casa", quien va y viene por el pasillo con el paja encasquetado, luciéndolo como un tro-

feo, ya que ve en su poder, por fin, el objeto de sus ansias, por cuya posesión gimió y pataleó estérilmente durante toda la temporada veraniega.

Al ver que el pequeñuelo acoge nuestro paja con un júbilo inusitado, sonreímos a la ilusión de que el sombrero aquel puede ser por algún tiempo un sustitutivo del Bazar, esto es, la equivalencia de algún juguete. Y cuando acariciamos la idea de tener

al mismísimo Melchor en casa, observamos con sorpresa que el niño coge el sombrero en la mano y lo arroja detrás de sí, como un diestro su montera, después de brindar la suerte.

—¿Pero no quieres ya el sombrero?—le preguntamos absortos.

—No. Ahora lo que quiero es una escopeta— balbucea el diablillo haciendo pucheros.



Dib. PERALS.—Castellón.

—Sí, papáito: Me tienes que comprar un vestido. ¡Este está muy viejo y tú no quieres enterarte de que estoy casi desnuda!

No cabe duda. Es que el sombrero de paja ha cumplido ya del todo su misión. Ni el chiquitín, que se pirraba por él cuando nos le veía flamante, le quiere ya. Hay que resignarse a perderlo.

Y que no cabe pedir una prórroga a las nubes. Sería gestión inútil. Porque, aunque aparezca despejada la atmósfera y luzca el sol, ya no es el sol claro de los días estivales, el sol que requieren los sombreros de paja, sino un sol otoñal, oblicuo, amarillento, como otro sombrero pasado ya de moda...

Los sombreros de paja en el otoño no tienen razón de ser. Muestran un aspecto de seres extraños, de supervivientes de una época que pasó.

A mí me ocurre con ellos lo que con los políticos del antiguo régimen, que también eran a modo de sombreros de paja a los que les llegó el otoño, y que por mucho que se esforzaran, por muchos intentos de renovación, resultaban ya inservibles para seguir colocados en "la cabeza" de nuestra nación.

Hay quien le toma cariño a las cosas (yo soy uno de esos sentimentales) y se afana por defenderlas, por conservarlas hasta el postrer instante.

Pero el sombrero de paja en otoño no tiene defensa posible. Por lo tanto, lectores, se nos debe "quitar" de la "cabeza"...

MIGUEL DE CASTRO



Dib. GORI.—Valencia.

—¿Has oído? Con lo que me costó a mí aprender a decir cinematógrafo y fotografía y ahora todo el mundo dice "cine" y "foto".

LO DE SIEMPRE

"Ya estoy aquí, amigos míos", dice el que viene de fuera con la familia, los líos, con los bolsillos vacíos... el gato y la sombrerera.

Ya terminó su excursión porque el frío se avecina y aguarda la obligación de no escribir ni un renglón en la dichosa oficina.

Ya le esperan impacientes los acreedores terribles con sus apremios urgentes y sus cuentas insolentes de carnes y comestibles.

Ya, aunque a sus plantas se arrastre, no le perderán de vista el inoportuno sastre y la insufrible modista empujándole al desastre...

Ya le mostrará el casero, con talante impío y fiero el recibo retrasado que por falta de dinero no se lo tiene pagado.

Ya empezará su parienta a pedir para la plaza con su oratoria violenta, que sus disculpas rechaza sin tenerlas nunca en cuenta.

Aunque quiere estar ufano el estío ha sido un sueño, pero un sueño de verano que le impulsará, inhumano, hacia las casas de empeño.

Su saldo ha sido al volver muchas cosas que contar, pocas cosas que comer, mil equilibrios que hacer y algo que fantasear.

Todo el que seso no tiene llama al tal viaje, recreo, y dice no le conviene salir más de veraneo... ¡hasta el verano que viene...!

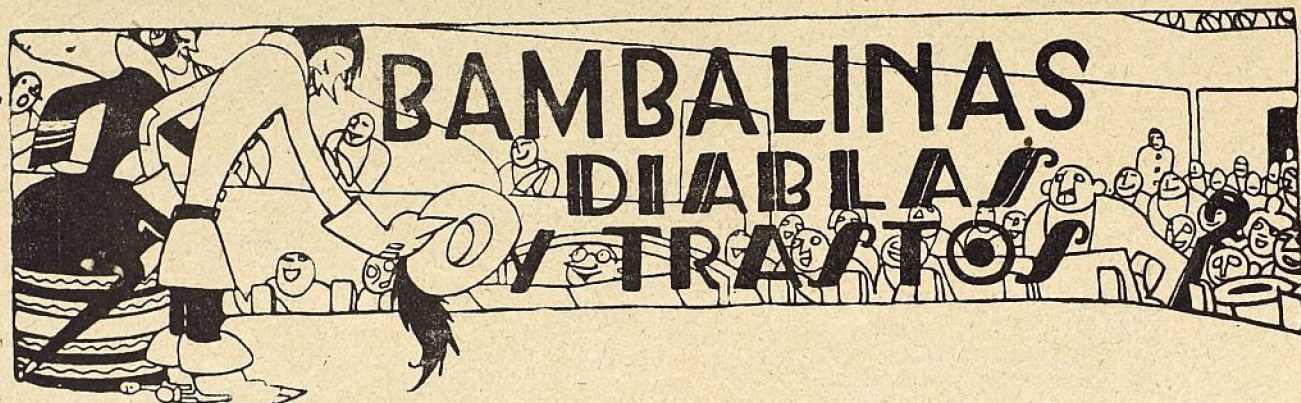
RÓMULO MURO



Caricatura de BON

Manolo Fontdevila, autor, cómplice y encubridor de «La dona verge», estrenada con estrepitoso éxito en Barcelona

Ayuntamiento de Madrid



EN EL INFANTA ISABEL

La Barquillera se destapó la semana pasada y apareció atestada de barquillos re-llenos. No cabe más. Un espanto. *El espanto de Toledo* y el de casi todo el planeta.

Humorada llama Muñoz Seca a su nueva producción. No nos parece. Estamos ante una obra naturalista en toda regla.

El protagonista es catedrático de Historia Natural: esto por lo pronto. Y ya es un dato.

Este señor, catedrático en Toledo, se llama—o mejor dicho le llaman, porque él procura no llamarse de tal modo—Rosario Sarasa de la Chica.

Esta serie de nombres femeninos o aferinados, avinagraron para siempre el carácter del doctor. "Ahí viene la Chica"—dice alguno en la calle, y el interlocutor pregunta: "¿Qué chica?" "Rosario"—contesta el otro. Los que cyen se relamen pensando que Rosario será un espléndido espectáculo femenino. Y aparece el catedrático. "Toma, pero ¡si es un hombre!"—exclaman decepcionados. Y el otro les explica: "Es que Rosario es Sarasa." Si ustedes añaden que un antepasado de este hombre "Sarasa y Sarasarna" tenía una casa en Roma, en la Vía Apia, y le hacían versitos alusivos, jugando con lo del Apia y el apio, tendrán ustedes explicado por qué *furibunde* de tal modo nuestro querido catedrático. El es muy hombre y le enfurecen las bromitas de aquella índole, y como no puede romper su partida de bautismo quiere romperle el bautismo a los demás. Suspende a los chicos, abofetea a los grandes, desafía a los medianos y por donde quiera que pasa, hiere, mata, raja, funde, patalea, descuartiza e hincha zona.

¿Puede haber nada más natural? ¿puede haber nada más humano? Una

pequeña circunstancia puede determinar consecuencias imborrables en la vida. El austriaco Freud nos lo dice y otros muchos lo han corroborado. Si este hombre se hubiera llamado don Sacamantecas y Mascaniñoserudos, de fijo que hubiera tratado de contrarrestar semejante ferocidad con un vasilíneo temperamental, lubricante y oleaginoso, digno de llamarse don Cosme Cosmético y Aceite de Oliva; pero se llama... como se llama y aquello le enfurece "per seculum"... Natural. Naturalísimo.

También es natural que se llame de ese modo. Si fuera Sarasa por parte de madre sería inverosímil; pero la madre es la Chica y el Sarasa es el padre. Todo, pues, se mantiene dentro del orden natural.

También es natural, aunque pueda no parecerlo, el hecho de que el telefano energúmeno pueda acardenalar, contundear, achichonar y papillar a la gente sin que haya nadie que le escalabree, le guillotinese o le tripepatee. Natural, sí; por desgracia, si se quiere, pero natural por completo. "El que da primero es el que atonta"—dice el catedrático en la obra. Y eso es aforístico, axiomático y la Rochefoucauldico.

Allí donde haya quien levante la mano los demás bajarán la cabeza. Vean al Gran Benito, Al Ilustre Benito, al Inmortal Benito (nos referimos a Mussolini, por supuesto; no a Galdós: Galdós es don Benito, nada más; aún hay clases). ¿Le ocurre algo a Benito el italiano? Nada absolutamente. El Duca se Man-Duca a medio mundo y él como si nada. Es una ley natural: donde las dan... las toman (pero no las devuelven).

Ahora bien, el espantable catedrático tiene en su pasado una mancha se-

creta: atropelló y mató con un auto, en mitad de la carretera a un transeunte. Esto lo sabe el nuevo Gobernador de Toledo; y el nuevo Gobernador pone el veto al catedrático y le dice:

"Le queda a usted prohibido pegarse con nadie, absolutamente con nadie, al menos en la provincia de Toledo, y mientras yo sea en ella Gobernador. A la primera camorra, a la primera bofetada de usted, revelaré a todo el mundo y a la justicia su secreto." Y el bueno de don Rosario S de la Chica, tiene que pasarse la vida tragando bilis y aguantando mecha, sin poder ni pisar un callo al prójimo, sin poder ni verter sobre el prójimo un frasco de goma, porque entonces éste podrá decir... que le han "pegado" y tiene que estar gestionando a todas horas el ascenso a ministro del odiado gobernador, a fin de que éste se vaya de Toledo y pueda él, don Rosario, libre del veto gubernamental, volver a... ejercer la cédra con plena libertad de facultades.

Este es el nudo de la comedia, nudo corredizo que tiene a don Rosario estrangulado y sudando el quilo... y la fanega (dígalo, si no don Pedro Sepúlveda, alma—y cuerpo—de la obra).

¿Puede ser este nudo más natural y más humano? ¿Hay algo más natural que tener o haber tenido automóvil? No hay nadie, hoy por hoy, medianamente decente que no se permita, en cuanto tiene cuatro cuartos, el lujo de un cacharro. Es natural. Y no hay nadie que teniendo automóvil no haya pasado por encima, cuando menos de un ciudadano. También es natural. Por algo se les llama neumáticos a las llantas de los autos. Las máquinas neumáticas son máquinas—como todos sabemos—que hacen el vacío. Las llantas de las ruedas de los autos son pneumá-

ticos porque son las encargadas de hacer el vacío en el planeta. Naturalísimo, por tanto, y naturalista, por ende, que don Rosario tenga en su carrera (y ¡qué carreras!) automovilística una víctima.

Sólo había un detalle que no parecía natural: el de llevar a la escena el nombre de Sarasa, aludir varias veces a la significación de tal palabra y acabar la obra diciendo: "Ustedes se irán a Nueva York hasta que los norteamericanos aprendan lo que quiere decir "Sarasa". No parecía natural que el público escogido y "rosa" del Infanta Isabel, estuviera al corriente de cierta terminología. Y era, por tanto, de temer que surgieran en el seno de muchas familias diálogos como este:

—Oye, mamá, ¿qué quiere decir Sarasa?

—Pero, niña, ¿dónde has oído eso?

—En el teatro, papá.

—Era de broma, hombre.

—¿Qué quiere decir Sarasa?

—Quiere decir... quiere decir afeminado.

—¿Afeminado?

—Sí.

—No, no... Tú me quieres engañar. El catedrático aquel se offendía mucho, bramaba ante la idea de que le pudieran a él suponer semejante cosa. Pero no puede ser sólo porque un hombre se parezca un poco a las mujeres, sobre todo pasando lo que pasa: que las mujeres se parecen tanto a los hombres. Que don Rosario no se parece a las mujeres ya se ve: ¡un hombre con aquellas barbas!... No... Esa palabra debe de ser algo muy grave, debe de ser una ofensa para un hombre.

Y la mamá tendría que explicarle a la niña *ce* por *be*, so pena de que lo que significaba la palabra la niña se decidiera a preguntárselo a su novio, a la doncella o al chauffeur.

Esto podía parecer natural que ocurriera; pero ya se ha visto, sin embargo, que no es así: todo el público y ¡cuidado si había público! señores, señoras y señoritas reían a mandíbula batiente las alusiones esotéricas. Estaban, pues, iniciadas y era para ellos tan natural aquel conocimiento que no se consideraban ni siquiera en la necesidad de hacer que no entendían.

Pedro Sepúlveda, magnífico de veras. El es la comedia toda y da a la farsa el sentido justo de interpretación, y todos—la señora Brú y Mora,

especialmente—le acompañan graciosísimos. Un poco de más empeño por parte del autor, un poco más de empeño, insistir en lo bufo, pero en grande, y estas *humoradas*, que—según la fórmula—sólo pretenden arrancar la risa, pudieran convertirse en obras

"de figuras" extraordinarias. En el astrakán también hay clases y el astrakán bueno puede ser un género... de abrigo, y, por consiguiente, de empeño.

MANUEL ABRIU.



Dib. BAI.—Madrid.

—¿Y el otro camarero que había antes?
—Se ha muerto. Se le rompió un vaso.....



UNA PERRERIA

por HUGO YAND

Un hombre que ocupaba un extremo del vagón del tren, y que vestía un magnífico gabán de pieles, dijo dirigiéndose a los demás viajeros:

—Denme ustedes la inteligencia de cualquier perro y no quiero más.

Y al hacer esta manifestación acariciaba a un hermoso can que le lamía las manos.

—Confieso—replicó otro viajero—que los perros son inteligentes si se les compara con algunos otros animales. Pero hay también perros muy brutos.

El hombre del magnífico gabán de pieles, se despojó de él, lo puso cuidadosamente al lado del asiento y sentó encima al perrito que, con las orejas gachas, parecía escuchar la conversación de los dos viajeros.

—Veo—replicó el hombre del gabán—que es usted de mi misma opinión.

—Desde luego repito que los perros son inteligentes—replicó el otro—, pero no hasta el extremo que se supone. Uno cree muchas veces que su perro le conoce y que esta es la razón de que le siga. Pues bien; eso es un error. El perro no le sigue a uno; sigue a sus ropas. Si se baña usted, lo único que hará es no apartarse de sus vestidos; porque no le huele a usted, sino a las ropas que lleva.

El defensor de los canes se disponía a protestar, cuando el animal que llevaba, obligado por la falta de espacio a causa de la entrada de nuevos viajeros, saltó del asiento para refugiarse debajo de él, y el otro prosiguió:

—Voy a ponerle a usted un ejemplo. Hace muy pocos días, mi criado vendió a un traperero tres trajes míos, un par de zapatos y otros objetos que yo le había cedido como regalo de Navidad. Pues bien; el mismo día el perro desapareció. No lográbamos dar

con él. Hasta que tres días después lo hallamos tendido sobre mis ropas en la trapería y a seis o siete kilómetros de mi casa. Y no hubo medio humano de arrancarlo de allí... Intente usted morder a un perro en las narices y verá la dentallada que le da.

El individuo del magnífico gabán de pieles estallaba de indignación oyendo las palabras de aquel viajero, y en su interior batallaba por encontrar una contestación con la que dejar parado y sumido en el ridículo a aquel hombre que así denostaba a la raza canina. Pero como no la hallase, volvió la espalda y se puso a mirar por la ventanilla como si le interesase mucho el paisaje.

Mientras tanto el tren proseguía su marcha, y al llegar a la estación Horrtupssburgo el viajero contradictor apeóse del coche.

* * *

Volvió a ponerse en marcha el convoy. El hombre del perro y del magnífico gabán de pieles había ya recordado el uso de la palabra y dispúsose a rebatir los argumentos del viajero contradictor. Buscó con la vista al

viajero que despertaba su cólera. No lo encontró, pero a pesar de ello dijo:

—Usted no sabe una palabra de perros. Eso que nos ha contado es seguramente un embuste. Ahora verá si mi perro me conoce o no. Claro que hay perros muy torpes, pero eso es una excepción.

Y sonando los dedos llamó:

—¡Eh! ¡Williams! ¡Williams! ¡Aquí!

Como el perro no se presentara, gritó de nuevo:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Pero dónde demonios te has metido!

Un señor que ocupaba el asiento de enfrente le interrumpió:

—Pero ¿busca usted su perro?... ¿Un perro grande con una gran mancha negra sobre la nariz?

—Sí, señor; el mismo. ¿Lo vió usted por ahí?

—Se bajó en la última estación detrás de un caballero que llevaba un gabán al brazo.

—¡Un gabán!—exclamó mirando en derredor.

Luego gritó rabioso:

—¡Era el mío!

R. C. R.

CHISTES DE TODO EL MUNDO

EL.—¿Quién es ese muchacho tan guapo del pelo rizado?

ELLA.—Es mi prima Betty.

EL.—¿Y ese joven rubio del monocle?

ELLA.—Es mi hermana menor, Lulú.

EL.—(Riéndose y un poco azorado.) Supongo que ese otro joven de "smoking" será su hermana mayor?

ELLA.—No, es mi abuela.

De *Fliegende Blaetter*, Berlín.

El padre sorprende al maestro de música besando a su hija.

—¿Qué es esto? ¿Le pago yo para eso?

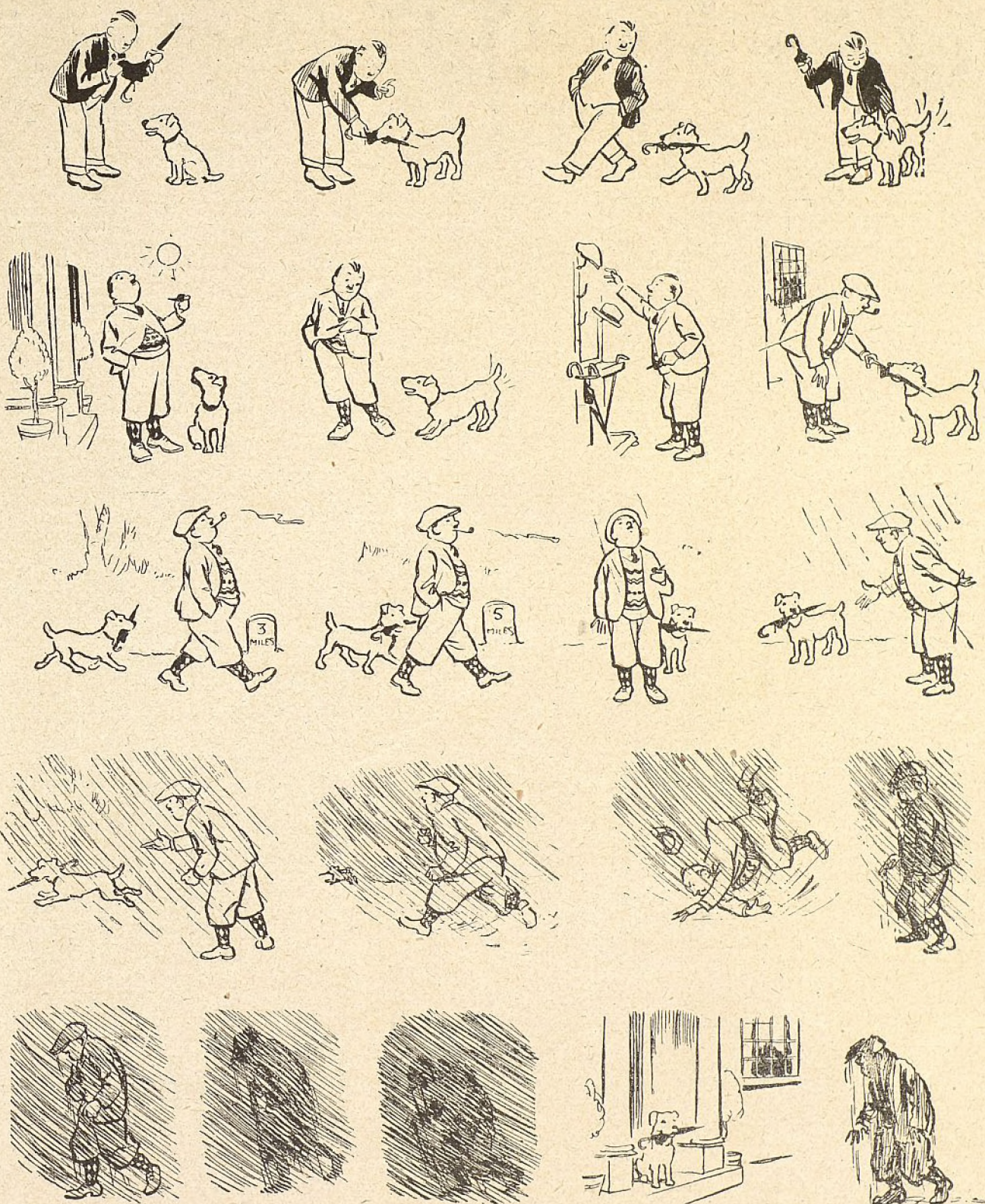
—No, señor; esto es fuera de cuenta.

De *Pélé-Méle*, París.

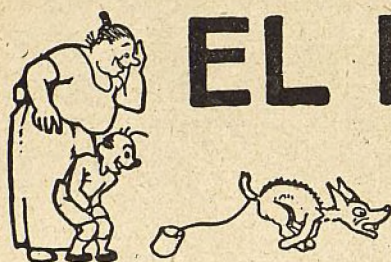
La recién casada a su marido.—Despierta, querido, que ya es hora de que tomes la medicina para el insomnio.

De *Wash, Congar's Paw*.

UN CHUCHO EDUCADO



De The Humorist.—Londres



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Un borracho que paseaba su toquilla a deshora de la noche, pensó:

—Voy a guasearme del sereno.

Y empezó a gritar estentóreamente:

—¡Serenó!... ¡Serenooó!... ¡Serenó de mi alma!...

Acude el sereno, y el curda le pregunta:

—¿Qué hora es?

El sereno, que tenía un pisto de mil demonios, deja el farol en el suelo y le atiza una soberbia bofetada, seguida de estas palabras:

—¡La una!

—¡Mi madre! —dice el borracho.— ¡Si llego a venir una hora antes!...

Enrique Mas.—Madrid.

—¿En qué se parecen una tisis que mata rápidamente y el ministro de Gracia y Justicia?

—En que la tisis es galopante y el ministro Galo Ponte.

Chaves.—Zaragoza.

El capitán, después de pasar revista a su compañía, llama al sargento de semana y de muy mal humor le dice:

—Está todo sucio y hecho una calamidad. Diga a sus compañeros que todos quedan arrestados y usted inclusive.

Los sargentos le preguntan momentos después:

—¿Qué te decía el capitán?

—¡Que quedais todos arrestados!

—¡Y tú también!

—Yo no. A mí sólo me ha dicho inclusive.

Tiberio.

—¿En qué se parece un carbonero a un hombre pendenciero y provocador?

—En que mete cisco.

La pirulí de Ceuta.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el Paraíso Terrenal.

Adán se acerca a Eva de puntillas y por detrás le tapa los ojos con las manos, diciéndola con voz fingida:

—¿A que no aciertas quién soy?

J. C. G.—Sevilla.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿En qué se parece una mujer a una bombilla;

—En que da a luz.

A. Lambea.—Soria.

Un gitano, que acaba de quedarse viudo, se dirige a casa del sacerdote del pueblo, acompaña-

Entre rateros.

—Tienen razón los periódicos al decir que no hay seguridad de noche en Madrid.

—¿Y por qué han de tener razón?

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

do por otro gitano, amigo íntimo suyo.

—Oiga osté, padre cura...

—dice el primero.— ¿Cuánto me cobrará por una misa resada?

—Cinco pesetas.

—¿Y cantada

—Diez pesetas.

Y, al oír esto, el otro gitano se encara con el viudo y exclama:

—¡Compare, por diez pesetas yo te la canto y te la bailo!...

Luis Santos.—Dar Riffien.

Porque no tiene rival

el buen sentido prescribe.

emplear para los dientes

Pasta Dentífrica Orive.

—Porque ayer mismo estuve a punto de ser detenido por la policía, y así no se puede trabajar.

Mohamed Ben Kaddur.
Melilla.

La esposa de un sabio preguntaba a su marido:

—¿Cómo es que tus guantes

nuevos tienen cortadas las puntas de los dedos?

—Porque ayer me olvidé de quitármelos al cortarme las uñas.

J. M. Conde.

—¿En qué se parecen un tenerillo y un hombre a quien hieren mortalmente?

—En que el herido suele ex-

EL MEJOR JABON

Fabricado con aceite de orujo
SALGADO Y COMPAÑIA, S. A.
Oficinas: REINA, 45, duplicado
M A D R I D

clamar: ¡m' ha matao!, y el tenerillo también *mama-atao*.

Masto.—Madrid.

Examinando a un soldado para cabo, le pregunta el presidente del tribunal:

—¿Sabe usted dónde está el Cabo Espartel?

UNIÓN COMERCIAL DE ACEITES
Salgado y Compañía, S. A.

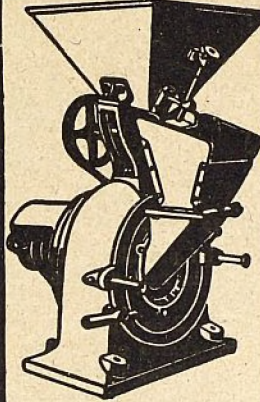
Compradores de aceites de oliva. Venta exclusiva al consumo interior de España
Oficinas: Reina, 45, dup. Madrid

—No sé decirle, mi comandante, pero desde luego no pertenece a mi compañía.

Antonio Romero.—Sevilla.

Discútese en una tertulia si se decía tinaja o tina y uno de los concurrentes apuntó:

HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8



MOLINOS
de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.
Pídase catálogo
MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

—Yo creo que se debe decir la tinaja.

—Pues yo creo —dijo otro— que la palabra es *la-tina*.
Ulises.

En la librería.

—¿Tiene usted *La mujer adúltera*?

—No, señor. Afortunadamente soy viudo.

Rurico Cálix de Sílex.

—Oiga, doctor, ¿qué me recomienda usted para conservar el pelo?

—Una cajita de cartón.

Luysin.—Estación Baeza.

Entre recién casados.

—Dime, Pepita, si yo me muriera, ¿me llorarías mucho?

—¡Ya lo creo! ¡Bien sabes que a mí por la cosa más insignificante se me saltan las lágrimas.

Minotauro.—Palma de Mallorca.

—¡Yo soy un caballero y no pego jamás a mi mujer!

—Será muy buena.

—¡Es que tiene mucha más fuerza que yo!

Carlos de León.

Colmo.

El de una mujer nefasta, de borrascosa existencia, es llamarse *doña Casta* y apellidarse *de Cencia*.

Bernardo Ortega Pérez (Pierrot)
Valladolid.

Milagro de la dialéctica.

De vuelta a su lugar cierto

joven estudiante muy atiborrado de doctrina, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos duros que había en un plato, escondió uno con ligereza y luego preguntó a su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato;

—Uno.

El estudiante puso entonces el que había escondido.

—¿Y ahora, cuántos hay?

—Dos.

—Pues entonces, dos que hay ahora y uno que había antes, suman tres.

El padre se maravilló mucho de la ciencia de su hijo, quedó

atortolado y no atinó a desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba a afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente.

Puso un huevo en el plato de

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO. 402 BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 256 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

su marido para que se lo comiera, tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago:

—El tercero cómetele tú.

Petrejo.—Albacete.



LA VENTANA INTERESANTE

De Lustige Blatter. — Berlín.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Moral. Madrid.

Tú serás moral, Moral, pero ha dispuesto el Destino que tu cuento original sea bastante cochino.

F. Salvo. La Coruña.

He de decirle, ¡ay de mí!, que no sirve el *Potpourri*.

El paseante. Madrid.—; Siga usted yendo a paseo, idiota!

Fechu. Salamanca.

Lo que nos envía Fechu, está bastante mal *hechu*.

Sempiterno. Madrid.

Lo que manda Sempiterno es para mandarle al cuerno.

Modesto. Madrid.

Y lo que envía Modesto es para enviarlo al cesto.

A. M. G. Santander.—Su crónica, despiadada ella, atroz ella, pesimista ella y larga ella, tiene un leve inconveniente ella: ¡que nos parece una estupidez toda ella!

M. E. T. Alicante.—Querido y desconocido, a la par que bilioso crítico de nuestra alma: si en lugar de sacudir palos a los autores cómicos, sacudieras estas en un solar, es probable que ganases mucho más dinero que el que vas a ganar con la literatura (que no vas a ganar nada, y me juego el hígado).

Zocato. Sevilla.

Con los versos de Zocato hemos pasado un mal rato.

Martí. Valencia.

No puede ser, ¡oh, Martí!... ¡Me duele a mí más que a ti... Pero tus perversos versos titulados *No moveros* (¡¡!!) no tienen gracia, ¡ay de mí!...

Bueno, ni ortografía tampoco, que es lo más deplorable, lo más glacial y lo más espantoso de todo el problema.

Tom. Madrid.—Su divagación

fúnebre comienza con estas clásicas palabras:

En el cementerio entré...

Y nosotros nos limitamos a deplorar amargamente que, después de entrar, haya usted vuelto a salir

Lavin. Getafe.—¿De manera que usted se conforma con que le contestemos con cuatro letras, diciéndole la opinión que nos merece su arte?

Pues para que vea usted lo generosos que somos le vamos a contestar con seis letras, en lugar de con cuatro.

Allá van las seis:

¡¡Idiota!!

Y si quiere usted más letras, avise, que le complaceremos con mucho gusto. Tenemos la mar de ellas disponibles para los casos de tan indudable urgencia como éste.

L. M. A. Zaragoza.—Ni ujier se escribe con hache, ni la capital del Perú es El Callao, ni la tabla de multiplicar la inventó Arquímedes, ni en España se llama cuadra a una manzana de casas. Aquí llamamos cuadra a un confortable lugar en el cual se encontraría usted como en su propio domicilio, ¡qué digo como en su propio domicilio!, muchísimo mejor, lo que se dice como el pez en el agua cristalina.

M. V. D. Madrid.—Su feroz artículo, atestado de destructora crítica, se titula *¿Dónde está la gracia?*

No es muy fácil contestar a esa pregunta, pero lo que podemos asegurarle a usted formalísimamente, y por la gloria de nuestros muertos, es que en su artículo desde luego no está...

CABALLEROS DIEUJANTES QUE, PROPONIÉNDOSE ÁBRIRNOS LA BOCA DE ASOMBRO ADMIRATIVO, SOLAMENTE HAN LOGRADO ENCENDER NUESTRA FURIA CATASTRÓFICA Y OBLIGARNOS A LA BÁRBARA RESOLUCIÓN DE ENVIAR A CESTONA SUS ARTÍSTICOS Y DOLOROSOS PARTOS.—Los señores Benigno (de Madrid), E. Sanchís (de

Castellón), Tuiyo (de Yeovil, Inglaterra), Un malagueño (de Málaga, ¡claro!), Hernández (de Murcia), Costa (de Badalona), M. Alvarez Vidal (de Madrid), Telso (de Valencia), Ruiz (de Sevilla), Chiqui (de Bilbao), Velasco (de Arriondas), E. Paredes (de Palencia), J. Meixengo (de Arnoya, Orense), Parreco (de Madrid), Henri Sau (de Granada), Carmen R. A. (de Melilla), Cecil W. Tapp (de Valencia), Ladrón de Guevara (de Zaragoza), José L. Alonso (de Madrid), Grandvallet (de Sevilla), E. Pingüinez (de San Sebastián), Fábregas (de Madrid), Manolo Martínez (de Bilbao), J. Martí (de Valencia), K. K. Túa (de Lorca), Ultra (de Alicante), V. Calvo (de Madrid), P. O. A. (de Leysin, Suiza), Gottito (de Ceuta), Liberto (de Salamanca), Rubio Armán (de Madrid), José (de no sabemos dónde), Doña X (que tampoco tenemos idea de en qué sitio alienta y vejeta), Ley (de Valencia), Oscar (de Buenos Aires), E. Duque (de Madrid), Castañares (de Totana), P. R. C. (de Valladolid), Lindarajete (de Granada), Melion II (de Barcelona), Rojas (de Madrid), Eufrasio (de Valdepeñas), Iquito (de Córdoba), Nicomedes (de Logroño), Guindero (de Oviedo) y F. I. (de Madrid).

E. V. P. Burgos.—El párrafo más interesante (para usted) de su carta, tan cariñosa como pesadísima, dice así:

“¿Qué me van ustedes a aborar por el artículo que remito, así como por los que sucesivamente iré enviando, animado por el éxito del primero?...”

Contestación nuestra:

—Ni una gorda...

Ahora bien, convencidos de que, pagándolos así, usted no consentirá que se publiquen, esperamos por telégrafo que usted nos prohiba terminantemente que los publiquemos. Y le anticipamos las gracias por su enérgica actitud, que es la única que cabe adoptar ante nuestra brutal incomprensión y ante nuestra más brutal falta de gusto estético.

E. Pintado. Cadiz.

Lo que ha pintado Pintado cual birria lo hemos tratado.

Campana.—Nos quedamos con una de las cuatro preciosidades que generosamente nos ha ofrecido.

Dantás. Albacete.

Sus versos *A la Quintina* son más malos que la quina.

Audova. Huelva.—No sirve.

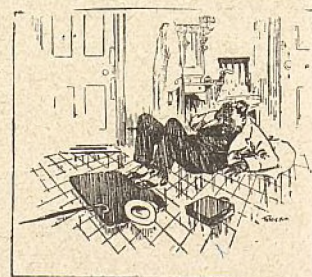
Manuel Díaz. Barcelona.—De sus dos obras de arte, aprovecharemos una y ya está bien.

T. L. C. Madrid.—Su cochinitísimo cuento, que usted asegura haber confeccionado con sus cinco sentidos, está absolutamente falto de dos sentidos que usted no ha tenido en cuenta: el sentido común y el sentido moral.

Lo sentimos mucho.

D. F. F. Miraflores de la Sierra.—Lo mismo el cuento titulado *La verruga*, que la narración denominada *Una equivocación*, son de una inocencia tan paradisíaca y arcádica que no harían reír ni a un sacerdote ingenuo y aldeano.

Alaber. Madrid.—Es una estupidez de lo mejor y más acabado que se ha hecho, y no es por alabar a Alaber. ¡Es que es verdad, caray!



La mujer desde el interior.—¿Te has fijado, Jorge. lo brillante que he dejado el suelo?

De *The Passing Show*.—Londres.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

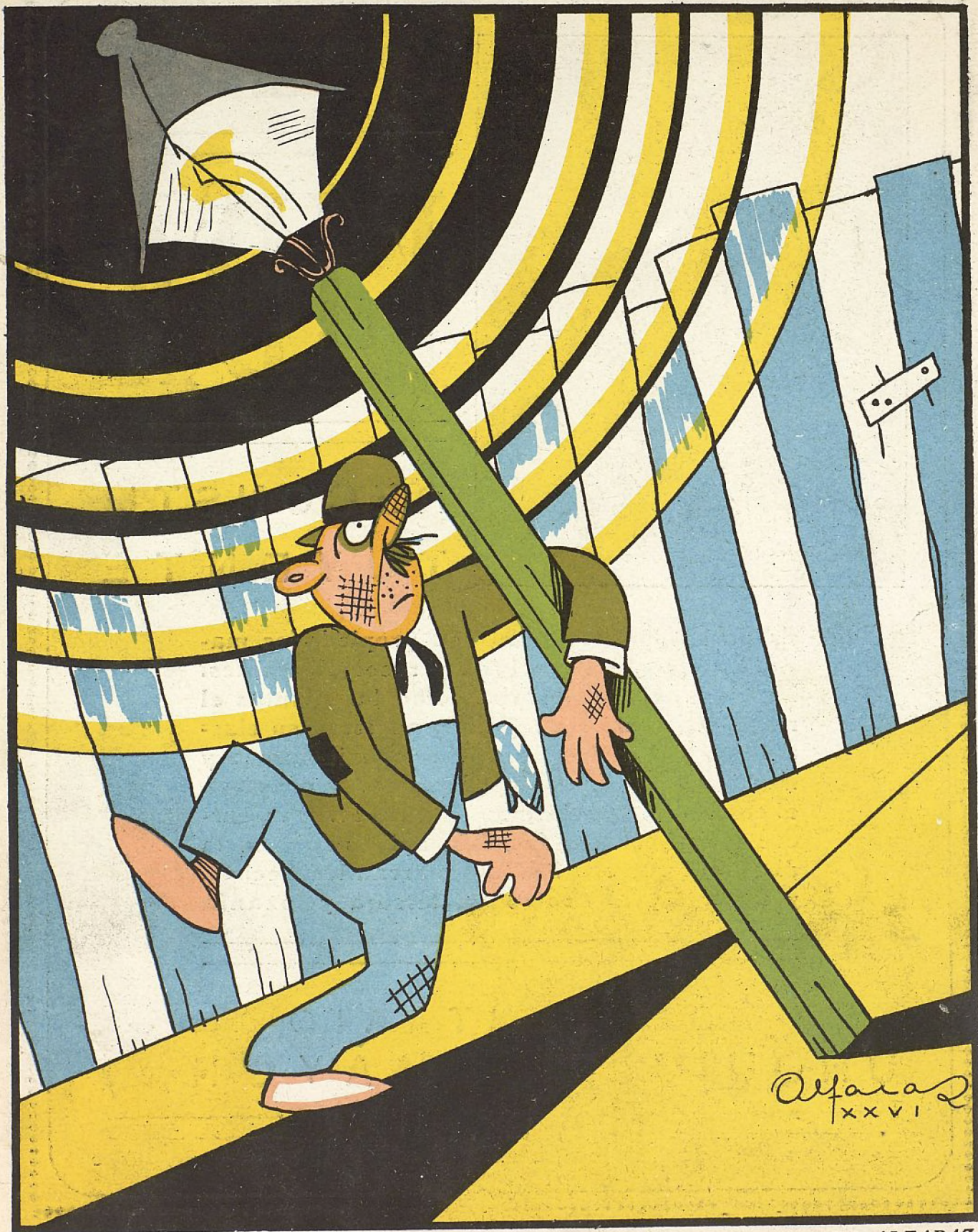
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Dib. ALFARAZ.

—¡Arreal! ¿Y cómo dejo yo ahora este farol que se caiga?